



Austeridad y despilfarro

Otorgarse privilegios, por mínimos que sean, en una sociedad tan desgarrada por las carencias como la nuestra es una inmoralidad que no puede dejar de tener consecuencias políticas. En ese sentido, hay que insistir en que son este tipo de actitudes las que explican, en última instancia, el desencanto de la ciudadanía hacia las instituciones republicanas.

Compartir

02/04/2014

La Cámara de Diputados aprobó la contratación de un servicio de gastronomía por G. 2.540 millones por este año. Este dinero solventará los bocaditos, jugos, gaseosas, chipitas, almuerzos y postres que disfrutarán los diputados en los poco más de 200 días que – descontando fines de semana, recesos y días de inactividad en el Congreso– los legisladores asistirán al trabajo. Se trata de una cifra simplemente desproporcionada, ya que asigna un gasto en este ítem de casi G. 32.000.000 para cada diputado por año y cerca de G. 9.000.0000 por día para toda la cámara. Tras hacerse público este despilfarro de recursos públicos, varios legisladores salieron a minimizar su importancia y a defender el cuestionado presupuesto. El problema no es tanto el monto destinado a la comida – desmesurado, sin ninguna duda– sino la actitud de los parlamentarios que siguen asignándose privilegios y un pasar de reyes en un país en el que más de un millón de personas viven en la extrema pobreza.

Con este tipo de decisiones los diputados ensanchan aún más el abismo que los separa de la ciudadanía, a la que dicen representar. Mientras pregonan austeridad y reclaman sacrificios a los demás, los parlamentarios aprueban sin ningún pudor esta clase de despilfarro para beneficio propio. La cuestión es aún más enojosa si se toman en cuenta las ocasiones en que desde el Congreso se rechazaron ampliaciones presupuestarias para solventar las transferencias monetarias a familias en extrema pobreza. Otorgarse privilegios, por mínimos que sean, en una sociedad tan desgarrada por las carencias como la nuestra es una inmoralidad que no puede dejar de tener consecuencias políticas. En ese sentido, hay que insistir en que son este tipo de actitudes las que explican, en última instancia, el desencanto de la ciudadanía hacia las instituciones republicanas.

La impresión que se lleva cualquier observador al analizar el comportamiento de nuestra clase política es que se trata de personas que no se volcaron a la actividad pública siguiendo algún tipo de inclinación altruista o sensibilizados por un sentido del deber patriótico. Son más bien individuos sin muchos escrúpulos, que vieron en la política una vía de enriquecimiento y de buena vida, sin necesidad de dar explicaciones a nadie. La política no es entendida como la forma más elevada del servicio a la comunidad, como la expresión

más profunda del compromiso cívico, sino como la garantía de una existencia de abundancias.

No es extraño que la agencia norteamericana Usaid, en un informe divulgado meses atrás, haya ubicado al Poder Legislativo paraguayo entre los cuatro congresos del continente que menos confianza inspira en sus ciudadanos. El documento, denominado Perspectivas desde el Barómetro de las Américas 2012, afirma que solo los parlamentos de Estados Unidos, Haití y Perú se hallan más desprestigiados ante sus propios electores. En el otro extremo de la escala aparecen los congresos uruguayo, hondureño, mexicano y chileno como los que gozan de una mejor imagen ante la población de sus respectivos países. El análisis señala que la pérdida de confianza de la gente en sus legisladores se vincula con la percepción de corrupción en la clase política y de la ineficiencia en la solución de los problemas de la sociedad.

A la autoasignación de beneficios y privilegios, hay que sumarle el funcionamiento habitual del Congreso, donde es muy frecuente que se levanten las sesiones sin ninguna razón de peso y no se realicen regularmente las reuniones de comisiones; se postergue indefinidamente el tratamiento de proyectos esenciales para el crecimiento de la economía o para el desarrollo de la sociedad y se prioricen las conveniencias corporativas o sectarias por sobre los intereses nacionales.